

peró según el testimonio de un escritor de nuestros días, no persistió por mucho tiempo en este propósito, porque al fin les otorgó su perdón (15).

La revolución de 1853, cuyo último episodio acabamos de referir, fué, en realidad, imprudente, porque no hallándose ramificada todavía en los principales Estados de la república, no tenía ninguna probabilidad para triunfar; pero su tendencia principal correspondía á los votos secretos de toda la nación, como iba á demostrarlo muy pronto el movimiento popular de Ayutla; y si los revolucionarios de Yucatán, al pedir la vuelta del sistema federal, derrocado por el motín militar de Jalisco, pedían también la vuelta de las autoridades del Estado elegidas á fines del año anterior, no hacían mas que pedir el cumplimiento de la Constitución local, como pedían el de la federal. Es verdad que entre estas tendencias venía envuelta la cláusula que llamaba á la primera magistratura de la república al liberticida Santa-Anna, que ninguna confianza podía inspirar al partido federalista. Es verdad también que los promovedores de la revolución y los militares que la acaudillaron podían ser tachados de inconsecuentes, porque todos, sin excepción ninguna, habían aceptado el plan de Jalisco y algunos habían servido al gobierno dictatorial que de él emanó; pero como una causa no deja de ser buena porque haya alguna inconsecuencia en la conducta de sus corifeos ó porque contenga un pequeño lunar que empañe un poco su brillo, la Historia debe consignar en sus páginas que la revolución de 1853, cualesquiera que hubiesen sido las desgracias pasajeras que trajo consigo, fué el primer esfuerzo que se hizo en la república para derrocar la ominosa dictadura que pesaba sobre ella, y que la estaba haciendo retrogradar á los tiempos de la Colonia.

(15) BAQUEIRO, lugar citado.

## CAPÍTULO 'XXIII

1854-1857

Invaden los indios varios de los cantones del Sur, desguarnecidos durante la revolución.—Se organizan fuerzas para recobrarlos.—Nuevas expediciones á Chan Santa Cruz.—Exito desgraciado que obtuvo la segunda que condujo don Lázaro Ruz.—Columnas volantes puestas á las órdenes de los coroneles González y Novelo.—Triunfos que obtienen sobre los sublevados.—Operaciones militares en el Oriente.—Pacificación de algunas tribus del Sur.—Estado que guardaba la administración pública.—Principios conservadores.—Es llamado á México el general Vega.—Le sustituye interinamente en el poder D. José Cadenas, y en propiedad el general D. Pedro de Ampudia.—Plan de Ayutla.—Fuga de Santa-Anna.—El general Ampudia secunda en Mérida la revolución.—El presidente interino nombra gobernador de Yucatán á D. Santiago Méndez.—Constitución federal de 1857.

Dijimos en el capítulo anterior que al emprender su marcha el coronel Rosado para la capital con la brigada de su mando, que era la que cubría el Sur, había desocupado varios cantones avanzados de la frontera y debilitado la guarnición de otros. Las consecuencias de esta imprevisión no se hicieron esperar mucho tiempo. Los indios no tardaron en saber lo que pasaba por medio de sus espías, y súbitamente se arrojaron sobre nuestra línea, arrollando los pocos obstáculos que encontraron en su camino. Tihosuco, Ichmul, Jonotchel, Sabán y Sacalaca cayeron sucesivamente en su poder. Igual suerte corrieron Tahoibichén, Tixcaltuyú, Yaxcabá, Santa María y otros pueblos y lugares del partido de Sotuta. Muchos habitantes de la fron-

tera habían desamparado sus hogares, al emprender su marcha para Mérida las tropas del coronel Rosado; pero los que cometieron la imprudencia de quedarse, fueron víctimas de la crueldad del salvaje. Unos fueron asesinados sin defensa y otros conducidos á Chan Santa Cruz para sufrir todos los horrores del cautiverio. Los indios no se conformaron con esto, y renovando las luctuosas escenas de 47 y 48, redujeron á cenizas las poblaciones invadidas y se retiraron después á sus aduares, conduciendo en triunfo sus prisioneros y su botín.

Luego que la noticia de estos desastres llegó á la capital, el gobierno libró las órdenes necesarias para poner otra vez la frontera al abrigo de las irrupciones enemigas. Con este objeto marchó con dirección al Sur una fuerza que fué puesta bajo las órdenes del coronel D. Agustín León, y que á las inmediaciones de Xcabil tuvo un serio encuentro con los bárbaros. Estos, que se habían emboscado á un lado del camino para hostilizar á los nuestros, estuvieron á punto de desbaratar un piquete que marchaba á las órdenes del capitán D. Sóstenes Domínguez; pero la energía que desplegó este oficial y el oportuno auxilio que le mandó el jefe de la columna, obligaron á los indios á retroceder. Tihosuco fué ocupado en seguida sin ningún otro contratiempo, y pronto quedaron restablecidos algunos de los antiguos cantones. Los vecinos que habían huido volvieron en su mayor parte, y hacia el mes de noviembre se organizaron dos ó tres expediciones con el objeto de recorrer el campo enemigo. Una de éstas, puesta á las órdenes del primer ayudante D. Pedro A. Cantón, intentó llegar hasta Chan Santa Cruz; pero pronto se vió obligada á retroceder, porque algunos prisioneros de los indios que se le presentaron durante su marcha le manifestaron que el cólera estaba haciendo grandes estragos en aquella guarida. Y el contagio se extendió á todas las demás y hasta á las hordas que vagaban en los bosques, porque el ayudante Cantón

encontró el camino sembrado de cadáveres y de sepulturas recientes (1).

En el siguiente año 1834, nuevas expediciones volvieron á visitar las guaridas de los sublevados, así en el sur como en el oriente de la Península. Vamos á ocuparnos solamente de las principales, que en lo general tenían por objeto la ocupación del cuartel general de Chan Santa Cruz. La primera que se organizó con este propósito fué puesta á las órdenes del teniente coronel D. Lázaro Ruz, quien salió de Tihosuco en la tarde del 1.º de abril. Los indios intentaron oponerse á su paso, hostilizándole fuertemente en el camino; pero en la mañana del 10 logró aproximarse á Chan Santa Cruz, y habiendo emprendido el ataque en distintas direcciones, se posesionó de la plaza después de un rudo y sangriento combate; pero los indios no le dejaron tranquilo, porque á la mañana siguiente se presentaron frente al campamento é intentaron sitiarse. La misma escena se repitió en los días subsecuentes, y aunque Ruz acababa siempre por ahuyentar á los agresores, el 14 se vió obligado á emprender su retirada, porque había consumido todo su parque. Los indios no se atrevieron esta vez á molestarle, y sin ningún nuevo contratiempo llegó á Valladolid el 18, conduciendo heridos y prisioneros (2).

En el mes siguiente comenzó á prepararse una nueva expedición, que debía componerse de setecientos hombres, con el objeto de establecer cantones permanentes en Chan Santa Cruz, Pachmul y Petcacab; pero no habiendo podido reunirse mas que la mitad de esta fuerza, se resolvió que saliera con el único objeto de atacar á los sublevados que se guarecían en el primer punto. El teniente coronel don Lázaro Ruz fué otra vez el jefe designado para conducirla,

(1) BAQUEIRO, *Ensayo histórico*, tomo II, capítulo VII.—*El Regenerador*, número 124.

(2) *El Regenerador*, número 187.

y habiendo salido de Tihosuco el 22 de mayo, el 26 ocupó á Santa Cruz, haciendo un estrago considerable en las masas de indios que intentaron resistirle. Junto á un pozo recién abierto, los soldados encontraron dos grandes canoas llenas de agua, y como todos estaban sedientos, bebieron de ella con avidez. Pocas horas después muchos de estos desgraciados se sintieron acometidos de una enfermedad muy semejante á la del cólera morbo, y algunos espiraron el mismo día entre los más agudos tormentos. Ruz creyó al principio que esta epidemia se había desarrollado entre la tropa; pero como los indios que se presentaron á atacarle el día siguiente preguntaban con sarcasmo si el agua de Santa Cruz era fresca y saludable, aquel jefe concibió la sospecha de que estaba envenenada la que todos habían bebido, y dispuso entonces cambiar de campamento.

Pero en el que eligió de nuevo sólo había agua á una milla de distancia, y Ruz se vió obligado á dividir su fuerza útil en dos secciones, para que mientras una fuese á saciar su sed, la otra se quedase al cuidado de los enfermos. Los indios batían unas veces á la que iba y otras á la que se quedaba, y como siempre en estos encuentros eran muy superiores en número, la fuerza expedicionaria comenzó á disminuir considerablemente, y un día notó el jefe con espanto que sólo le quedaban noventa hombres útiles de los 375 que había sacado de Tihosuco. Entonces determinó emprender su retirada, y la verificó el 2 de junio, cargando como pudo con sus heridos y enfermos. Los indios aguardaban este momento para consumir su obra. Cayeron en masas considerables sobre su enemigo, y hubo un momento en que los soldados sanos que cargaban á los heridos y enfermos, se vieron en la necesidad de abandonar su carga para defenderse; pero esta precaución no fué suficiente para evitar la derrota. La desmoralización entró en las filas, y jefes, oficiales y soldados volvieron las espaldas

para tomar en dispersión el camino de Tihosuco. Muy pocos llegaron, sin embargo, porque unos fueron macheteados por los bárbaros y otros sucumbieron en medio del bosque á la desconocida enfermedad que habían contraído en Santa Cruz. Fueron de este último número los tenientes coroneles D. Lázaro Ruz y D. José María Vergara, á quienes el capitán D. Juan Pío Aguilar asistió en sus últimos momentos y dió sepultura en aquel desierto (3).

Orgullosos los indios con el triunfo que acababan de conseguir, no tardaron en acometer empresas de que algunos meses antes se les hubiera creído incapaces. En julio acometieron el cantón de Tihosuco; pero fueron rechazados enérgicamente por su comandante el coronel D. Andrés D. Maldonado, y perseguidos hasta una legua de distancia por el capitán D. Onofre Bacelis. Dos meses después embistieron á la villa de Peto y llegaron hasta las bocacalles de la plaza; pero también fueron rechazados por su comandante el coronel D. Juan María Novelo, después de un sangriento combate, en que perecieron muchos de los agresores. Casi al mismo tiempo se presentaron en el pueblo de Yaxcabá, en donde, no habiendo más que una guarnición de quince hombres, penetraron sin ninguna resistencia. Mas pocas horas después se retiraron, llevando consigo algunos prisioneros y varios objetos que habían robado (4).

No fueron estas incursiones las únicas que practicaron los indios por aquella época. Sorprendieron también otras poblaciones de menor importancia, y comprendiendo entonces el gobierno que necesitaba hacer un esfuerzo supremo para escarmentarlos, se propuso organizar nuevas fuerzas, que con el nombre de columnas volantes partieran á hostilizar á los bárbaros en sus mismas guaridas, sin

(3) Periódico citado, número 206.

(4) El mismo periódico, números 229 y 244.

dejar descubierta nuestra frontera. La gente fué levantada en diversos pueblos del Estado, y un gran número de personas acomodadas hicieron donativos más ó menos cuantiosos para costear los gastos de la expedición. La primera columna que se puso en movimiento fué la que salió de Mérida el 14 de noviembre á las órdenes del coronel don Pablo A. González. Tres ó cuatro días después salió de la misma capital otra sección que debía ponerse á las órdenes del teniente coronel Mezo, y, en fin, la columna á cuyo frente se puso el coronel D. Juan M. Novelo, salió de Peto el 28. Vamos á ocuparnos brevemente de las operaciones que cada una practicó con arreglo al plan que trazó la Comandancia general.

«González marchó directamente á Santa Cruz, cuyo lugar completamente habían transformado los indios. En el amplio recinto de su plaza se destacaba una iglesia de treinta varas de largo y doce de ancho, formada de muy buena madera y cobijada de guanos bien escogidos, y además con unas verjas en los costados que la embellecían. Por todas partes se levantaban numerosas casas particulares, amplios galerones, que servían de cuarteles, y fuertes atrincheramientos. Por esta razón habría querido González establecer allí su cuartel general; mas no pudo conseguirlo, porque se respiraba una atmósfera envenenada con las exhalaciones que despedían más de doscientos esqueletos que encontró á la entrada de la población, y en el otro extremo igual número de cádaveres más recientes, que pertenecían á los prisioneros hechos en el partido de Sotuta, y que pocos días antes habían sido sacrificados. Los primeros eran de la fuerza de los coroneles Ruz y Vergara, á que en otro lugar nos hemos referido» (5). El coronel González se trasladó entonces á Yokoonot, y desde allí comenzó á operar, según el plan referido, el cual consistía en

(5) BAQUEIRO, *Ensayo histórico*, tomo II, capítulo VII.

recorrer y visitar sin descanso las guaridas de los bárbaros, cerrándoles hasta donde fuera posible los pasos y senderos por donde quisieran ó pudieran huir. Estas operaciones produjeron desde los primeros días los resultados más ventajosos; porque sin experimentar pérdidas de consideración, las partidas expedicionarias generalmente volvían al campamento trayendo prisioneros, víveres y objetos de guerra quitados al enemigo.

Iguales resultados obtenía al mismo tiempo el coronel Novelo, el cual se situó en Pachmul desde el 2 de diciembre. En menos de un mes, las frecuentes partidas que destacaba de su cuartel general recorrieron más de cuarenta ranchos y un gran número de viviendas, escondidas en la espesura del bosque. Algunos de los prisioneros hechos por estas partidas, declararon que seiscientos indios se habían dirigido últimamente á las factorías de Río Hondo, para cambiar por efectos de guerra los objetos que habían robado en sus últimas incursiones. Inmediatamente dispuso el Sr. Novelo que el coronel D. Andrés D. Maldonado, con trescientos infantes y doce cosacos, saliera á batirlos á su regreso para despojarlos de cuanto trajeran. Púsose en marcha esta fuerza; alcanzó á los que volvían de Río Hondo en un punto llamado Chaclicín, los derrotó completamente y les quitó muchos de los pertrechos de guerra que habían comprado. En esta incursión visitó Maldonado á Bacalar, para proveerse de víveres, y antes de terminar el mes de diciembre había ya vuelto á Pachmul.

Las secciones de González y Novelo se comunicaban entre sí, por medio de partidas que salían de cuando en cuando de uno y de otro campamento. Los indios se emboscaban en el tránsito para atacarlas; pero generalmente eran derrotados. Lo mismo sucedía en todos los encuentros que provocaban, y comenzaban ya á palpase los buenos resultados de la expedición, cuando un incidente que aconteció

en Yokoonot estuvo á punto de desbaratar la columna de González. Era este jefe rígido observante de la disciplina militar, y habiendo sabido un día que se reunían á jugar varios oficiales en la habitación del capitán D. Florencio Alfaro, los mandó arrestar. Pero en la noche los hizo conducir á su alojamiento para amonestarlos; les hizo comprender que el juego era un vicio muy pernicioso en campaña, porque absorbía completamente la atención de los que se entregaban á él, y en seguida los puso en libertad. Los oficiales quedaron, sin embargo, resentidos, y ardiendo en deseos de venganza, indujeron á toda la columna á desconocer á su jefe. A las doce de la noche en que se verificó este suceso, llamó la atención del coronel González el ruido inusitado que se escuchaba en el campamento, y habiendo salido á averiguar su origen, los capitanes Alfaro y Ocampo le manifestaron que había sido desconocido por la fuerza, y que al rayar el alba del día siguiente iban á conducirlo preso á Pachmul, residencia del coronel Novelo. González fingió resignarse por entonces; pero cuando llegó la hora señalada para su conducción á Pachmul, aprovechó una ausencia momentánea de los jefes de la insurrección, y arrojándose con la espada desnuda sobre uno de los sargentos, consiguió volver al orden á toda la columna, al grito de *¡Viva el coronel González!* Alfaro y Ocampo fueron entonces aprehendidos y pasados el mismo día por las armas.

Pocos días después de este suceso, el coronel González, que había agotado los recursos de los alrededores de Yokoonot, levantó de allí su campamento y lo trasladó á Chunkulché. Nuevas operaciones volvieron á emprenderse contra los sublevados, aunque con éxito menos feliz que al principio de la expedición. Ya hemos dicho que cuando ésta se presentó en el campo enemigo, estaban ausentes unos seiscientos indios que habían ido á Río Hondo á comprar objetos de guerra; pero luego que éstos volvieron, se incorporaron á sus compañeros de armas, hostigados hasta

en sus últimas guaridas, y los nuestros comenzaron á encontrar una resistencia más obstinada en sus incursiones. Una partida de cuarenta hombres que González despachó á Pachmul, al mando del teniente Moguel, con el objeto de proveerse de algunos medicamentos, estuvo á punto de perecer toda en el tránsito, y sólo pudo salvarse gracias al oportuno auxilio que le mandó el coronel Novelo.

González había llegado á Chunkulché el 1.º de febrero, batiéndose sin cesar con los indios que quisieron oponerse á su tránsito, y deseando el Sr. Novelo conocer el estado en que se hallaban los lugares de que aquél había separado su línea, dispuso que saliera á reconocerlos con 300 infantes y 12 cosacos el coronel D. Andrés D. Maldonado. Este jefe visitó un buen número de guaridas en su incursión, y consiguió algunas ventajas de los sublevados, á pesar de la viva y tenaz resistencia que por todas partes encontró. Mayores estragos hubiera causado al enemigo con su acostumbrada actividad, si unas calenturas pertinaces que se apoderaron de él y de algunos de sus subordinados no le hubiesen obligado á contramarchar á Pachmul.

Entretanto, crecía cada vez más el número y la audacia de los sublevados, porque sus jefes habían hecho levantar fuerzas hasta en las guaridas más remotas, con el deseo de desbaratar aquellas dos columnas que se habían estacionado en el corazón de sus bosques. Llegó un día en que las partidas que salían de Pachmul no pudiesen avanzar á una legua de distancia, por impedírselo el gran número de indios que salían á interceptarles el paso. Entonces el coronel Novelo puso una comunicación á su compañero el Sr. González, invitándole á reunir sus fuerzas para operar de acuerdo sobre los indios de Nohkik, Xtinta y Santa Cruz, de donde sacaban sus elementos las masas que le hostilizaban; pero el jefe de Chunkulché contestó en una carta particular que no tenía fuerzas disponibles para cooperar al movimiento que se le proponía.

No tardaron en palpase las consecuencias de esta falta de acuerdo. El 22 de febrero, á las seis de la mañana, los sublevados se descolgaron en número considerable sobre Pachmul, y se anunciaron por medio de un toque general de cornetas y tambores, que se dejó oír al oriente de la plaza. Hallábase fuera en aquellos momentos una sección de 150 hombres que había salido á incursionar á las órdenes del comandante D. Feliciano Ruiz, y como además de esto el hospital estaba henchido de enfermos, era muy poca la fuerza de que podía disponer el Sr. Novelo para resistir el ataque. Sin embargo, hábilmente secundado por el primer ayudante D. Leocadio Espinosa, por el capitán D. Onofre Bacelis y por otros oficiales de valor y experiencia, pudo retirar á los agresores, después de varios ataques que duraron hasta las cuatro de la tarde.

No escarmentaron los sublevados con esta derrota, y al día siguiente volvieron con nuevo vigor á embestir el campamento. Felizmente también fueron rechazados, siendo los héroes de esta función de armas los capitanes D. Julián Garma y D. Manuel Iturrarán; pero las derrotas no hacían mas que exasperar á los indios, y el 25 hicieron el último esfuerzo, cayendo sobre Pachmul en un número todavía más considerable que el de los días anteriores. Había ya vuelto el comandante Ruiz, y pudo organizarse una columna de 250 hombres que salió á flanquear á los agresores. Trabóse entonces un reñido y espantoso combate, del que al fin salieron vencedores los nuestros, aunque á costa de grandes sacrificios. Y como en los encuentros anteriores también había experimentado muchas bajas la columna, y existían además 180 enfermos en el hospital, el coronel Novelo comprendió que no podía permanecer por más tiempo en el campo enemigo sin exponer gravemente el resto de sus fuerzas. Con este motivo salió de Pachmul el 28, habiéndole precedido un día el coronel Maldonado, que salió custodiando á los enfermos y heridos. Ambas fuerzas

fueron atacadas en el tránsito por los indios, y aunque experimentaron pérdidas de consideración, continuaron en orden hasta Peto, adonde llegaron el 3 ó 4 de marzo.

El coronel González permaneció algunos días más en el campo enemigo; pero habiendo recibido de la Comandancia general una orden expresa para abandonarlo, el 10 salió de Chunkulché, trayendo consigo á sus enfermos, heridos y prisioneros. También los indios le salieron al encuentro; pero no se resolvieron á atacarle, y el 14 llegó á Tihosuco sin haber perdido mas que algunos prisioneros que murieron de sed y de fatiga durante la marcha (6).

Al mismo tiempo que operaban estas dos columnas en las inmediaciones de Santa Cruz y Bacalar, dos secciones puestas á las órdenes del primer ayudante D. Sóstenes Domínguez y del capitán D. Nicolás Aguilar recorrían las guaridas más lejanas de los salvajes en los distritos de Valladolid y Tizimín. Ambas secciones obtuvieron los mejores resultados, batiendo á los indios dondequiera que los encontraban y recogiendo á las familias que vagaban en los bosques.

Mientras se obtenían estos triunfos sobre los sublevados, la administración pública del Estado marchaba con alguna regularidad. El general Vega, que en su cualidad de soldado era un fiel instrumento del Poder central, no imprimió á su política local otra marcha que la que el general Santa-Anna imprimía á la nación. Se trataba de gobernar con el ejército y el clero, de hacer odiosos los principios liberales y de monarquizar cada día más al país, y el general Vega no omitió ningún esfuerzo para alcanzar estos tres esfuerzos, que por otra parte se hallaban en consonancia con sus ideas políticas. El elemento militar y el

---

(6) Partes oficiales de los coroneles Novelo y González, impresos en varios números de *El Regenerador*, correspondientes á diciembre de 1854 y á enero, febrero y marzo de 1855.